

De cómo mis amigos me abrieron las puertas de AC

Juan Carlos Orrego Arismendi

Yo era estudiante de antropología cuando apareció el primer número de la *Agenda Cultural Alma Máter*, en mayo de 1995. Soy sincero: no le hice mucha fiesta. Esa edición inaugural estaba dedicada, en parte, a Fernando González —quien nunca ha sido santo de mi devoción—, y, además, la publicación me pareció un trasunto de lo que había sido, en los ochenta, la revista *Viernes Cultural* de *El Colombiano*: una guía de televisión precedida por chismes sobre la vida de Miguel Bosé y otras divas del mundo del espectáculo. Con todo, del segundo número guardé cuatro páginas que aún conservo, y en las que se consignan una nota de Óscar Montoya Guerra sobre José Martí y el ensayo “Nuestra América”.

Más de un lustro después, mi amigo Andrés García Londoño, quien a la sazón era editor de AC (permítaseme esta fórmula reducida), me invitó a colaborar en el número 72, dedicado al tema grisáceo —otra vez soy sincero— “Universidad y región”. Logré convencerlo de que me aceptara una pequeña nota sobre las costumbres, sazónada con alguna alusión a Bronislaw Malinowski, etnógrafo polaco al que yo le prendía velas —a él sí—, y quien me ayudaba decididamente a merecer, en esos días, mi cheque como profesor de cátedra. Debo admitir que, por entonces —octubre de 2001—, sentí mucho entusiasmo por poner mi firma en la revista. Sin embargo, Temis castigó lo que acaso calificó de hipocresía, de suerte que tuvo que pasar casi una década completa para que en AC volvieran a poner los ojos sobre mí: ocurrió en febrero de 2010, a propósito del número 162, dedicado al narcotráfico y la “cultura del atajo”. Diré la verdad por tercera vez: tanto era mi deseo de volver a aparecer en la revista que tuve que recurrir a la protección

de Doris Aguirre, quien, como editora general, me incluyó en la edición contra el parecer del profesor Juan Carlos Celis, quien era algo así como el editor invitado. Si abusé o no de la amistad tendrá que averiguarlo el lector examinando mi artículo en ese *dossier*: un comentario sobre dos novelas de José Libardo Porras.

Durante el primer lustro de la década que expira, aparecí dos veces en AC en razón de mi afición por los deportes, y no porque en ese momento ya fuera profesor vinculado del Departamento de Antropología. Toda vez que, en la universidad, soy tan conocido por mis cursos sobre Malinowski como por ser hinchas del Medellín, al comité editorial se le ocurrió que podía escribir alguna cosa con motivo del Mundial de Brasil, y en efecto lo hice: el artículo fue incluido en el número 210, en junio de 2014, y no fue más allá de ser un gruñido quisquilloso contra ciertas ideas miopes sobre el sentimiento del aficionado futbolero. Un año después, en julio de 2015, fui invitado a participar en el *dossier* del número 222, especial sugerido —supongo— por el favoritismo de Nairo Quintana para ganar el Tour de Francia. Sospecho que Oscar Roldán, quien por entonces integraba el comité editorial de AC, recordó los días de furor ciclístico de los ochenta, cuando estudiábamos en el mismo colegio; quizá recordó algún discurso mío sobre la gesta de Lucho Herrera en Saint-Étienne, declamado en algún corrillo del recreo, y al que él asistiera con el respeto empavorecido que se tiene a los niños que están un grado por encima de uno. Porque cuando Lucho, bañado en sangre, ganó esa etapa, yo estaba en quinto de primaria y Oscar en cuarto.

En septiembre u octubre de 2015 sucedió algo que, acaso, iba a ocurrir más tarde o más tem-



prano. Coincidí con Oscar en los comederos de la zona de la piscina universitaria y él, en el momento del tinto, me preguntó —sin perder su medrosa unción— si me interesaba hacer parte del comité editorial de AC. Claro que me interesaba: tomar parte en un proyecto como ese me parecía a todas luces honroso, pues se trataba de una de las maneras más directas de incidir en la promoción de la lectura y la cultura general de los universitarios, y, como si fuera poco, era una oportunidad magnífica para aprender mil cosas. Yo, reacio en 1995, había terminado leyendo a José Martí gracias a la revista, y es de suponer que Fernando González, en su momento, cosechó algún nuevo acólito gracias a ella. Dije *sí* a la invitación, pero no volví a saber nada del asunto hasta enero de 2016, cuando fui convocado, por medio de una carta solemnísimas, a tomar parte en la reunión en que se iban a discutir los temas del número 228, dedicado a las palabras y la comunicación.

El comité, sin embargo, no era tan solemne como su nombre hace pensar o como la flamante carta sugería. En realidad, no era más que un grupo de amigos que se esforzaba por cumplir, de la mejor manera, con una tarea importante y, por fortuna, agradable. Allí, ade-

más de Oscar y Doris, estaban Marta Alicia Pérez, Luis Germán Sierra y Santiago Ortiz, a quienes ya había tenido oportunidad de conocer en otros espacios universitarios. De modo que desde el principio me sentí como en casa y, por lo mismo, pude ser la persona que siempre he sido: alguien que habla de más, hace chistes a destiempo y no conoce la corrección política. Pero eso es lo que se necesita en un comité editorial: que cada uno de sus integrantes sea siempre él mismo y pueda decir, con toda honestidad, lo que piensa sobre los textos examinados. Un comité, antes que eruditos, necesita gente franca. En serlo me he esforzado para corresponder a mis amigos, y de paso he podido, con su beneplácito, publicar algún artículo de vez en cuando. Ah, y lo que no es poca cosa: también he podido, tanto como he querido, molestar a Oscar Roldán por una coma o una tilde que no me gustan en sus notas editoriales. Que nunca se pierda de vista: cuando yo estaba en quinto, él apenas estaba en cuarto.

Juan Carlos Orrego Arismendi es antropólogo, docente en la Universidad de Antioquia y escritor. Ha publicado cuatro libros de relatos.